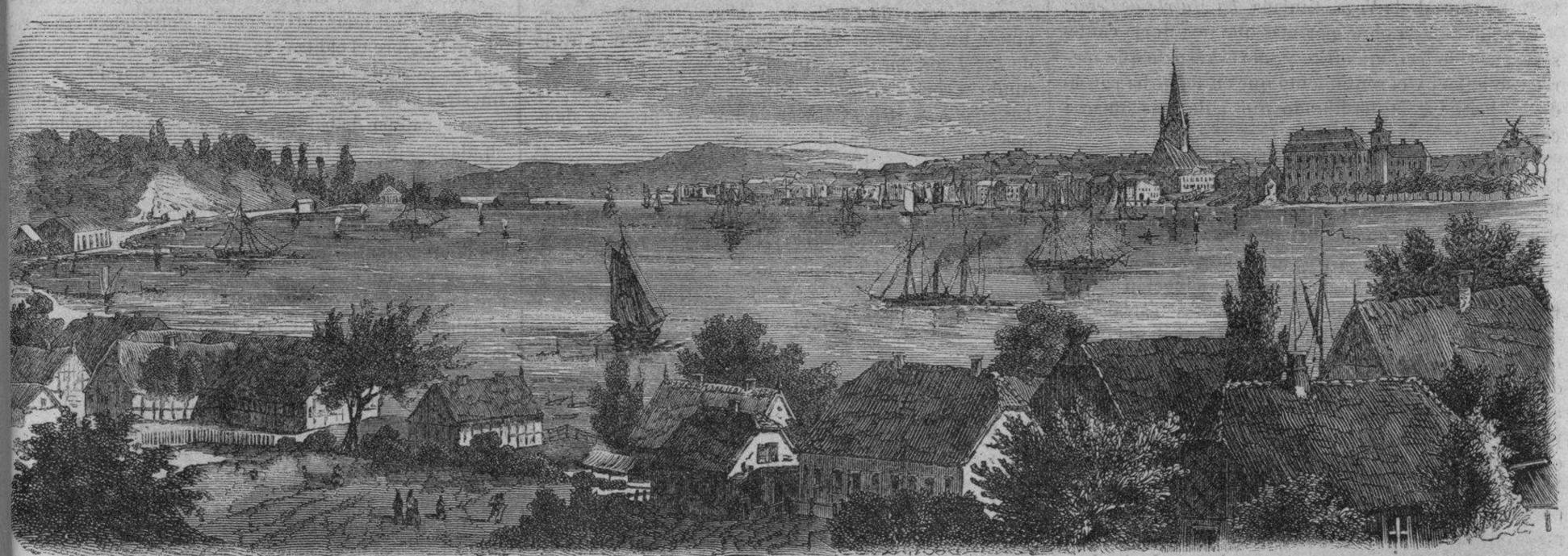


El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 46.
DEL 4 AL 11 DE MARZO DE 1866.

ADMINISTRACION Y REDACCION, PASAJE DE MATHEU, 6, TIENDA.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripcion.

UN NÚMERO

| | | |
|---|---------------------------------|------------------------|
| Madrid. . . | Un año 24 rs.—Seis meses 12 rs. | } 4 cuartos en MADRID. |
| Provincias. Un año 28 »—Seis meses 14 » | | |
| Ultramar. . Un año 80 »—Seis meses 50 » | | |

} 5 cuartos en PROVINCIAS.

CONTENIDO.—Kiel.—Revista de la semana, por Palacio.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Memorias de una moneda de cinco duros, por P. F. Reymundo.—El mercado de los pájaros en París.—Las tres sonrisas, por Marin.—La cabeza de un rebelde, por Honorio.—La pregunta, por Lacambra.—Las primeras yerbas.—Un cuento de amor, por E. G. Ladevese.—Las proclamas chinas. ANIMAS: Kiel.—Las primeras yerbas.—El mercado de los pájaros en París.—Las proclamas chinas.—Las mujas del Harem.

KIEL.

Kiel, al cual la Prusia sueña hace tiempo convertir en puerto alemán y cuyo nombre aparece sin cesar en la polémica cotidiana, da su nombre á un golfo del Báltico, en el ducado de Holstein. Su rada no cuenta

ménos de cinco millas de estension, y los buques de alto bordo pueden anclar en ella con entera seguridad.

Las escuadras de Francia y de Inglaterra encontraron, en él durante la guerra de 1855, una excelente base de aprovisionamientos.

Kiel, cuya poblacion se compone de veinte mil ha-

bitantes, posee magníficas canteras de construccion, fábricas de fundicion, de curtidos y de tabacos; un museo de bellas artes, otro de antigüedades nacionales, y numerosas escuelas y establecimientos de beneficencia. Sus alrededores son preciosos, su tierra de una gran fertilidad y se halla rodeado de magníficas villas ó sean casas de campo y de recreo.



LAS PRIMERAS YERBAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

Al fin se representó en el teatro del Príncipe, como habíamos anunciado, la tragedia del eminente literato D. Ventura de la Vega, titulada *La Muerte de César*.

El éxito de esta obra, por más que nos duela confesarlo, ha sido frío, muy frío, y solo el respeto que merece su autor, y el sentimiento que en todos ha causado su pérdida, la ha librado quizá de más amarga censura.

¿En qué consiste este resultado? ¿Es realmente que la tragedia vale poco? ¿Es que los actores no han acertado á interpretarla? ¿Ó es que este género ha pasado, y no llena las exigencias del público? De todo, como suele decirse, hay en la viña del Señor.

La tragedia del Sr. Vega es una producción puramente académica, que carece de efectos teatrales, y cuyo interés no está condensado lo suficiente para llegar á impresionar el ánimo del espectador. Y sabido es que en esta clase de composiciones no basta apelar al auxilio de las formas más escogidas; no basta pulir el estilo y la frase, procurando prestarles una elegancia griega y una clásica corrección; el corazón humano no se satisface con formas, por elegantes y correctas que sean, sino que há menester hallar, por medio de la inteligencia, una verdad absoluta y relativa de afectos profundos, de ideas claras, de hechos que estén al alcance de su comprensión. Todo lo que esto no sea, no pasará de ser un cuadro de los sentimientos, de las ideas y de las costumbres de la civilización moderna, vestidos con un ropaje antiguo; es decir, una pintura incongruente de sucesos pasados con colores presentes, y por consiguiente una mentira, que cuando no sea ridícula, tendrá que ser fría, desmayada, oscura.

La ejecución ha sido, como no podía menos de ser, deplorable. Y no es extraño. Por más talento que tenga un actor, y lo tienen y mucho la mayor parte de los del teatro del Príncipe, no es posible dar colorido escénico á una obra que no lo tiene, ni resucitar en un día las tradiciones de la declamación trágica, que unos desconocen, y que otros han olvidado ya.

Convengamos, pues, en que la tragedia clásica es una planta exótica para la sociedad moderna, como producto que fué de una civilización muy remota, y que ni sus caracteres, ni su estructura, se acomodan al gusto dominante.

La tragedia del Sr. Vega merece, sin embargo, verse y estudiarse como un monumento literario, digno en todo de la merecida fama del autor. Debemos hacer mención de los grandes gastos hechos por la empresa del Príncipe para ponerla en escena, y de la propiedad con que se ha vestido y decorado, fuera de algunos pequeños lunares inevitables en una obra de tal importancia.

Después de la representación de *La muerte de César*, el acontecimiento teatral más importante ha sido la aparición del conocido actor D. Pedro Delgado en la escena de Variedades, representando en unión de la Civil el soberbio drama de Zorrilla, *Sancho García*. Las condiciones especiales que adornan al Sr. Delgado, sobre todo para este género; el haberlo cultivado desde joven al lado del inolvidable Carlos Latorre, y el haber sido en esta ocasión la obra perfectamente repartida y ensayada, han hecho que su éxito sea mayor cada noche, y que el público tribute merecidos aplausos, tanto á la señora Civil y al Sr. Delgado, que interpretan á la perfección sus papeles, como á los señores Aguirre é Izquierdo, que nada dejan que desear en los suyos. Esperamos que las producciones que sucesivamente han de ponerse en escena, sean tan bien dirigidas y estudiadas como ésta, seguros de que si así es, el resultado corresponderá á nuestros deseos.

Ya se encuentran entre nosotros el célebre tenor Tamberlik, y la distinguida contralto Sra. Nantier Didée. Una de estas noches se dejará oír el primero en *La Africana*, en cuya ópera ha hecho en Rusia fanatismo, y después oiremos probablemente *Guillermo Tell* y *El Profeta*. Veremos si los descontentadizos abonados y el batallador *Diario de Avisos*, órgano á un tiempo de las amas de cría y de Mr. Bagier, se dan por satisfechos, y se resignan á oír con calma lo que acaso no son capaces de entender.

La Zarzuela prepara gran número de espectáculos nuevos, entre ellos, la compañía de los *Bufos parisienes* que llegará á Madrid el mes próximo, y un excelente

cuadro de baile francés. Mientras tanto, sigue estrenando con éxito piezas como *La niña mimada* y *El Pastelero de París*, á las que no tardarán en seguir obras de más importancia.

En cuanto á libros de otro género, la semana ha sido poco fecunda. Solo de nuestro querido amigo Saco, redactor de *La Iberia*, sabemos que tiene concluido un tomo que verá la luz en breve, con el título de *Los Impertinentes*, y que es una monografía de costumbres sociales. Emilio Alvarez continúa su novela *Los hijos de Madrid*, y Javier de Ramirez prepara algunos trabajos en su prisión.

Veremos si son todos ellos tan afortunados como el Sr. Lopoz Ramajo, el cual acaba de recibir un despacho sumamente honorífico enviado de orden del rey de los belgas, espresándole la satisfacción con que este señor ha visto el ejemplar de la *Reseña histórico-arqueológica sobre la antigua Miróbriga* (Ciudad-Rodrigo), que le fué enviado por el autor.

M. DEL PALACIO.

ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

EL SOLDADO CUREÑO.

EL VOLADERO.

La ejecución de Hidalgo, continuó el capitán Ruperto, y la de sus principales compañeros de armas, como ya os he referido en otra ocasión, terminó lo que podemos llamar el primer período de la guerra de la Independencia. Desde esta fecha, la escena cambió completamente; en vez de masas confusas, algunas bandas perfectamente organizadas vinieron á ocupar el teatro de la guerra. Ayudados de un pequeño número de soldados aguerridos los nuevos jefes de la insurrección no fueron ya, como Hidalgo y Allende, hostilizados en sus maniobras por las poblaciones. Se cesó de saquear los pueblos, robar las mieses, desmembrar los rebaños; se dejó al comercio recobrar su preponderancia, y la causa de la emancipación, gracias a la prudente actitud de sus nuevos soldados, contó bien pronto entre sus partidarios los más ricos cultivadores, los comerciantes de más crédito y los propietarios de las haciendas, granjas y casas de labor.

Esta nueva organización militar, fué el primer paso y el más ventajoso para la organización política. Se crearon varios periódicos dedicados á difundir en la población mejicana las ideas liberales y los principios sociales, que los adelantos del siglo XVIII habían hecho triunfar en el antiguo mundo.

D. Ignacio Rayon personificó esta segunda faz de la campaña, del mismo modo que el cura Hidalgo había personificado la primera. Después de la prisión del cura en Bayan, D. Ignacio tomó el mando de las partidas que habían quedado en Saltillo, aumentadas con las que pudieron escapar de la escolta de Hidalgo á la persecución de los soldados de Elizondo.

Sin embargo de que su educación en el colegio de San Ildefonso le había preparado mas bien al estudio de las leyes que no al de la ciencia militar, D. Ignacio se elevó rápidamente á la altura de su nuevo é importantísimo cargo, y al verse á la cabeza de cuatro mil hombres, tan entusiastas como valientes, no dudó un momento en abrir la campaña con su pequeño ejército, lleno á su vez de noble orgullo y de ardiente patriotismo. Su primer cuidado fué batirse siempre en retirada con dirección á Zacatecas; para llegar á esta ciudad era necesario salvar una distancia de ciento cincuenta leguas, por un país árido, desprovisto completamente de agua y á través de muchas poblaciones hostiles. Era preciso igualmente apoderarse en seguida de Zacatecas, y transformar aquella importante plaza en un centro militar, y como base de operaciones de la insurrección. Esta colosal empresa, llevada á cabo con gran valor y con la más rara inteligencia por el general Rayon, se refiere aun hoy como el más brillante hecho de armas de su carrera militar y de la guerra de la Independencia.

Yo era uno de aquellos entusiastas partidarios que siguieron al general en su larga y penosa marcha de Saltillo á Zacatecas. Después de haber asistido, como ya os tengo dicho, á las principales escenas del drama que tan triste desenlace tuvo en Bajau, me dirigí á Saltillo, donde encontré al general en el momento en que iba á comenzar un movimiento de retirada. Apenas hubimos abandonado á Saltillo, cuando dieron

principio las escaramuzas con las guerrillas enemigas.

Durante cuatro días fué una continuada serie de combates, que no nos permitieron reposo alguno. Llegados al fin al Paso de Piñones, fuimos detenidos por la división del general Ochoa.

Nuestras tropas, fatigadas por cuatro días de marcha y de continuas privaciones, empezaban ya á replegarse sobre el centro de nuestra reserva, acosada por las repetidas cargas del enemigo, cuando uno de nuestros jefes, el general Torres, apareció súbitamente en el campo de batalla, y tal fué la impetuosidad de su ataque, que las tropas de Ochoa cejaron á su vez, declarándose en dispersión, y dejando en nuestro poder con nuestros bagajes y cañones, de que ya se había apoderado, la mayor parte de los suyos y trescientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Desgraciadamente nuestras odres y pellejos del agua habían sido vaciados por el enemigo, y aun nos restaban más de cien leguas que andar por enmedio de abrasadores desiertos, donde no se encontraba una fuente, un manantial, ni aun el más insignificante arroyo ó riachuelo. Para mayor desdicha llevábamos con nosotros un considerable número de mujeres, porque cada cual, improvisado soldado casi súbitamente, no había querido abandonar la suya en un país donde el enemigo podía á mansalva poner en práctica la ley de represalias y entregarse á excesos vandálicos, como ya había sucedido.

No podeis formaros una idea de las atroces torturas que nos hizo sufrir la sed durante aquella larga y penosa marcha; bajo un cielo que jamás se veía empañado por la más ligera nube y un suelo abrasador que no refrescaba nunca, ni aun el rocío de la noche.

La falta de agua no limitaba únicamente sus crueles efectos á los hombres y á los animales, sino que también inutilizaba nuestras armas más temibles. Apenas nuestras piezas de artillería habían sido cargadas y descargadas dos ó tres veces, cuando candente el bronce ó el hierro de nuestros cañones, hasta el extremo de no poder tocar con el dedo, los ponía fuera de combate.

En este estado de debilidad y de desesperación, nos fué preciso, sin embargo, sostener sin cesar luchas encarnizadas contra las tropas enemigas. Felizmente la energía moral de nuestro ejército no había desmayado; nuestras mismas mujeres nos daban el ejemplo, y los veteranos de la independencia no han olvidado, ni olvidarán jamás, el nombre de una de ellas, la Guanajuatense, la compañera del soldado inválido y estropeado en cuya cabaña hemos descansado hoy. Yo no sé con qué ejemplo haceros comprender el espediente graciosísimo, pero eficaz, que imaginó la Guanajuatense, un día de desesperación en que el agua faltaba á nuestros artilleros para humedecer los cañones incandescentes. Básteos saber que la Guanajuatense, secundada por la buena voluntad de sus bravas compañeras, sacó aquel día al ejército de un mal paso, y que gracias á su dichosa inspiración, si no eminentemente heroica, nuestras baterías, provistas de abundante líquido, pudieron hacer cuantos disparos fueron necesarios para hacer callar el fuego del enemigo.

También en otra ocasión aquella singular mujer nos salvó de un inminente peligro, desplegando al frente de nuestras avanzadas y en una estensa línea á todas sus compañeras, con un cañón al frente de este batallón de enaguas. El enemigo, engañado ó sorprendido por esta estratagemas, nos dejó tomar, sin hostilizarnos, una posición ventajosa que dominaba á Zacatecas.

Gloriosos hechos de armas iban pronto á interrumpir esta serie de escaramuzas, y á indemnizarnos de los insignificantes combates que habían ocupado los primeros días de nuestra retirada. Algunos días después de la acción, en la cual el singular espediente de la Guanajuatense aseguró el triunfo de nuestras armas, hicimos alto en un sitio llamado *Pradera de las Animas*. Triste era, efectivamente, el espectáculo que presentaba nuestro campo aquel día. Abatidos por la sed y el cansancio, estábamos acostados sobre una tierra sembrada con los cadáveres de nuestros caballos y nuestras mulas de carga. Un lúgubre silencio reinaba en todas las tiendas, interrumpido únicamente de vez en cuando por los gritos de agonía de los heridos, que acosados de los más horribles tormentos, suplicaban una gota de agua con que refrescar sus labios abrasados por la fiebre. Algunos soldados corrian como espectros por entre aquellos cuerpos, vivos aun algu-

nos, los otros inanimados, prestándoles consuelo. Los centinelas apenas tenían la fuerza necesaria para mantener sus fusiles durante la hora que les tocaba de facion, y finalmente, hasta yo mismo me hallaba completamente trastornado; y para engañar la sed, aplicaba á mis labios la empuñadura de bronce de mi sable. No lejos de mí una mujer que se hallaba á mi servicio, recitaba llorando su rosario, y pedía á todos los Santos del Paraiso descargasen sobre nosotros alguna nube que nos proporcionase el agua que tan urgentemente necesitábamos.

Los santos, por desgracia, no estaban aquel dia de humor de escucharnos, porque el sol declinaba espléndido bajo un cielo diáfano y puro, ó lo que es lo mismo, de una implacable serenidad. Por mi parte supliqué fervorosamente a Dios que algunos de mis soldados, á los que habia enviado á explorar el terreno por ver si encontraban algun manantial, hubieran sido felices en sus exploraciones, y sobre todo que no se olvidasen de su capitán. Dios fué mas clemente que los santos invocados por la buena mujer que oraba á mi lado; Dios me escuchó sin duda, porque no tardé en ver que avanzaba hacia mí á paso de lobo uno de mis merodeadores. Era precisamente el inválido de la cabaña, el compañero de la Guanajuatense, el cual me profesaba gran cariño. En aquella época no habia cambiado aun su nombre de Valdivia por el de *Cureño*, ni se hallaba estropeado como le habeis visto esta tarde; por el contrario, el tronco de un pino no es mas derecho ni mas robusto que lo era su cuerpo: ya habeis podido juzgar de su fuerza hercúlea, y comprendereis lo que habrá sido en otro tiempo. Añadid á esto que su inteligencia y su valor escedian á su fuerza física, y que en cualquier circunstancia, por crítica y peligrosa que ella fuese, Valdivia sabia siempre salir victorioso de su apuro.

«Mi capitán, me dijo avanzando misteriosamente, y envuelto en un capote de dragon que habia arrebatado á un enemigo sobre el campo de batalla, os traigo una bota con un poco de agua, bastante únicamente para vos, el niño, y esa pobre mujer que lo cuida; pero os suplico que nadie se aperciba, seria muy peligroso.»

—¡Agua! grité yo, harto impresionado para seguir en aquel momento los prudentes consejos de Valdivia.

—Silencio, por Dios, me replicó; y hasta si quereis creerme vos mismo debeis esperar á que cierre completamente la noche para beber, y despues que hayais aplacado la sed, yo diré dónde se encuentra agua en abundancia, y hasta me atreveré á haceros una proposicion que creo no os desagrade.

J. BELZA.

(Se continuará.)

ESTRELLA DE ORO.

(Fragmentos de un libro.)

Sueño ó ficción del pensamiento mio;
si eres mio, ¿por qué de mí te vas?
Cuanta más vida concederte quiero,
desapareces más.

¿Renunciar á encontrarte? No lo creas;
¡no hay imposibles en el mundo ya!

Orillas del abismo
creció una flor;
si un abismo sin fondo nos espera,
eterno huésped de tu pecho soy.

Tú eres iman, yo acero;
tú el astro, y yo la flor;
tú el sol, y yo la sombra;
tú el alma, el cuerpo yo.
Astro, iman, sol de amores, alma mia....
¡una palabra por amor de Dios!

EUSEBIO BLASCO.

MEMORIAS DE UNA MONEDA DE CINCO DUROS

ESCRITAS POR ELLA MISMA.

(Conclusion.)

II.

¿Qué razon tuve al concluir la primera parte de mi historia, diciendo que la mano del hombre se apoderaría en breve de mí... Así sucedió en efecto. Un terrible ataque apoplético tuvo por conveniente llevarse entre sus garras al cosechero, de cuyas resultas los he-

rederos, presumiendo con fundamento en la existencia de la olla soterrada, nos sacaron á luz, por fin, entre exclamaciones de júbilo y hurras de alegría. Los nuevos poseedores se repartieron la herencia como si fuese un botín, yendo yo á parar al mas jóven de los agraciados, natural de Coria y estudiante en la Universidad de Madrid. A la corte llegamos, pues, y en la corte me despachó con mas prontitud que un cura loco se santigua. He aquí el modo: Era un dia de fiesta. La primera operacion de mi leguleyo fué comprar seis malditas tagarninas. Luego se dirige al *Imperial* donde se le cuelgan del cuello tres condiscípulos dándole la bienvenida. Es forzoso convidarlos y al efecto dispone sirvan unas friolerillas; despues distribuye la mitad de los *coraceros*, y una vez libre de los *caros* afectos amistosos, se enfunda en un simon y marcha hacia la Castellana, teatro de sus amores platónicos. Embobado con su *adorado tormento*, que entre paréntesis, es aristócrata y apenas sabe la pasion que inspira al buen coriano, se le pasan las horas muertas; despiersta al fin de su letárgico embeleso y á duras penas consigue ajustar la cuenta con el automedonte, que le desuella sin compasion. Llega á su morada y entre garbanzo y garbanzo suspira y sopla y se regodea. Vuella á rizarse el pelo y con unas cosas y otras se le pasa la hora del teatro. Jadeante consigue dar de bruces en el templo de Euterpe; paga á doble precio la localidad á consecuencia de cantarse *La Sonámbula* por la *Patti*, y penetra por fin en el coliseo, no sin pisar descomunamente una cola de *royal*, ni sin oír de boca de la pisoteada:—¡Jesus, qué hombre tan arrimado á la cola!...—Vuélvese y ¡oh dolor! estas palabras pronunciadas nada menos que por su Eloisa, caen cual plomo derretido sobre su alma. Tambaleándose consigue tomar posesion de su asiento, pero con sombrero calado y aire estúpido. El telon por desgracia está corrido y el primer acto representándose. En esto oye una voz á su espalda que grita:—¡Fuera la canoa!...—Asustado de Coria, lleva sus manos á la cabeza, y muerto de vergüenza y de desesperacion vá á dar con sus huesos en la cama, devorado por una fiebre de *órdago*. Un homeópata logra á fuerza de globulillos sacarlo de cuidado, y en pago de sus visitas, el discípulo de Hahnemann me recibe á mí y da de *alta* al enfermo.

He referido estos pequeños episodios, no tanto para probar que una moneda de cinco duros se gasta al vapor, como para hacer presente que en Madrid hay muchos corianos, ó bobos de Coria, ávidos siempre de amores y dichas irrealizables, y que al fin de la jornada vienen á sacar en limpio desengaños á millares y deudas de horrible efecto.

Al poco tiempo di con mi codiciado *busto* en una tienda de comestibles y en seguida en poder de un cobrador de contribuciones. Sin mas novedad, vine á relegarme al cabo de yo no sé cuántos dias en el talego de un cambiante de monedas. Por entonces andaba el dinero carísimo, como quien dice, por las nubes. La crisis nos habia producido tal *jindama*, que todas nos escondimos murmurando sin querer aquellos versos de Ayala:

Con tanto alarde
Militar, sin saber dónde
Huye el dinero y se esconde,
Que el dinero es muy cobarde.

El cambiante hizo su *agosto* con nosotras, y se dió tal maña en cambiar, que su posicion cambió notablemente y á costa, por su puesto, de los infelices tenedores de billetes. A uno de estos me tocó en suerte pertenecer, cómico de oficio, y por entonces actor de un teatro de la corte. Con él pasé ratos muy divertidos. Varias veces le ví hacer de rey, de vasallo, de tirano, de pobre y de infinidad de tipos de todas clases y categorías. Solo un *personaje* es el que sostenia con mas habilidad; podia decirse que era su *caballo de batalla*, el único papel de su cuerda; esta era el de *tronado*.

¿Cómo no lo habia de desempeñar bien si era la más habitual posicion de su vida!...

No sé mediante á qué ofrecimientos, mi buen cómico entregóme con gran trabajo á cierto poeta melenudo que há tiempo seguia la pista al director de escena, mamotreto en ristre, compuesto de mil páginas que él llamaba tragedia en diez kilómetros y sesenta milímetros. Este desdichado hijo del Parnaso, se me comió en un abrir y cerrar de ojos, quiero decir, que me gastó en una fonda el dia para él feliz en que convidó á sus admiradores con el objeto de leerles su obra monstruo. La comida tuvo un resultado fatal. Los pocos amigos que tenia perdiólos miserablemente á con-

secuencia del hartazgo de tragedia que les suministró; y yo, del fondista, vine á caer, por arte del diablo sin duda, en manos de un feroz usurero.

Ya saben Vds. poco más ó ménos las mañas de estos caribes, y sobre todo recordarán que por lo comun su fisonomía es lo más antipático, horrible y repugnante que darse puede. Consideren, pues, si en tales garras estaria yo gustosa, y con cuánto anhelo no desearia salir de su odioso poder. La ocasion no se hizo esperar. Un misero empleado, oficial octavo de la clase de décimos, del Ministerio de Fomento, tomó prestados dos mil reales que el usurero convirtió en cuatro mil, pagaderos en muy corto plazo. Mucho sentí ser una de las monedas que figuraban en tan vil contrato, pero el loco afan de huir lejos de tan miserable dueño, ahogó en mis *entrañas* todo sentimiento en pró de la pobre víctima. Yo creo que ésta me lo perdonará, diciéndole ahora y en letras de molde, que él fué el amo mas simpático que tuve, y que si me desprendí de sus manos no consistió en mí, sino en el inhumano sastre que no le quiso fiar unos pantalones, de los cuales fui la *intermediaria*.

Del sastre, gallego por mas señas, pasé á un oficial del taller; de éste á un mozo del café cantante y bu llanguero del *Sur*, y en seguida me tomó por su cuenta un..... monedero falso, que gracias á cierta composicion química, me estrajo cuanto oro pudo. El tal caballero de industria me echó á rodar con maña y examinada atentamente por unos, rechazada por otros, y tenida con recelo por casi todos, fui de mano en mano dando petardos y escamando al prójimo, hasta caer entre los dedos de un pimpollo de cinco años que pasaba conmigo el tiempo en mil inocentes juegos. Una criada de la casa, algo aficionada á lo ajeno, condeñóse de verme en manos del angelito tratada tan duramente, y me atrapó al *descuido con cuidado*, engañando al pobre chiquitín con un bollo y amenazándole con el *coco* si lo charlaba. En seguida corrió la Maritornes á *por cigarros* para su novio, *gastador* de cazadores, y lo mismo fué *tomarme el pulso* el estanquero, que coger un martillo y un clavo y en un dos por tres clavarme sobre el mostrador para escarmiento de pícaros.

Así dió fin mi asendereada vida. Nací buena y sucumbí mala. A muchos les pasa lo propio. A mí me echó á perder un monedero falso. A otros los envilece el vicio, y tampoco falta un ángel malo que los conduce al abismo.

Perdonad lo importuno de mi relato, y convenid conmigo en que todo tiene fin en la tierra... hasta las monedas de cinco duros, que aquí entre nosotros, ya escasean tanto, que estoy dudando si se ha estinguido la raza.

PEDRO FRANCISCO REYMUNDO.

EL MERCADO DE LOS PÁJAROS EN PARIS.

El mercado de los pájaros en Paris es uno de los espectáculos más curiosos y divertidos.

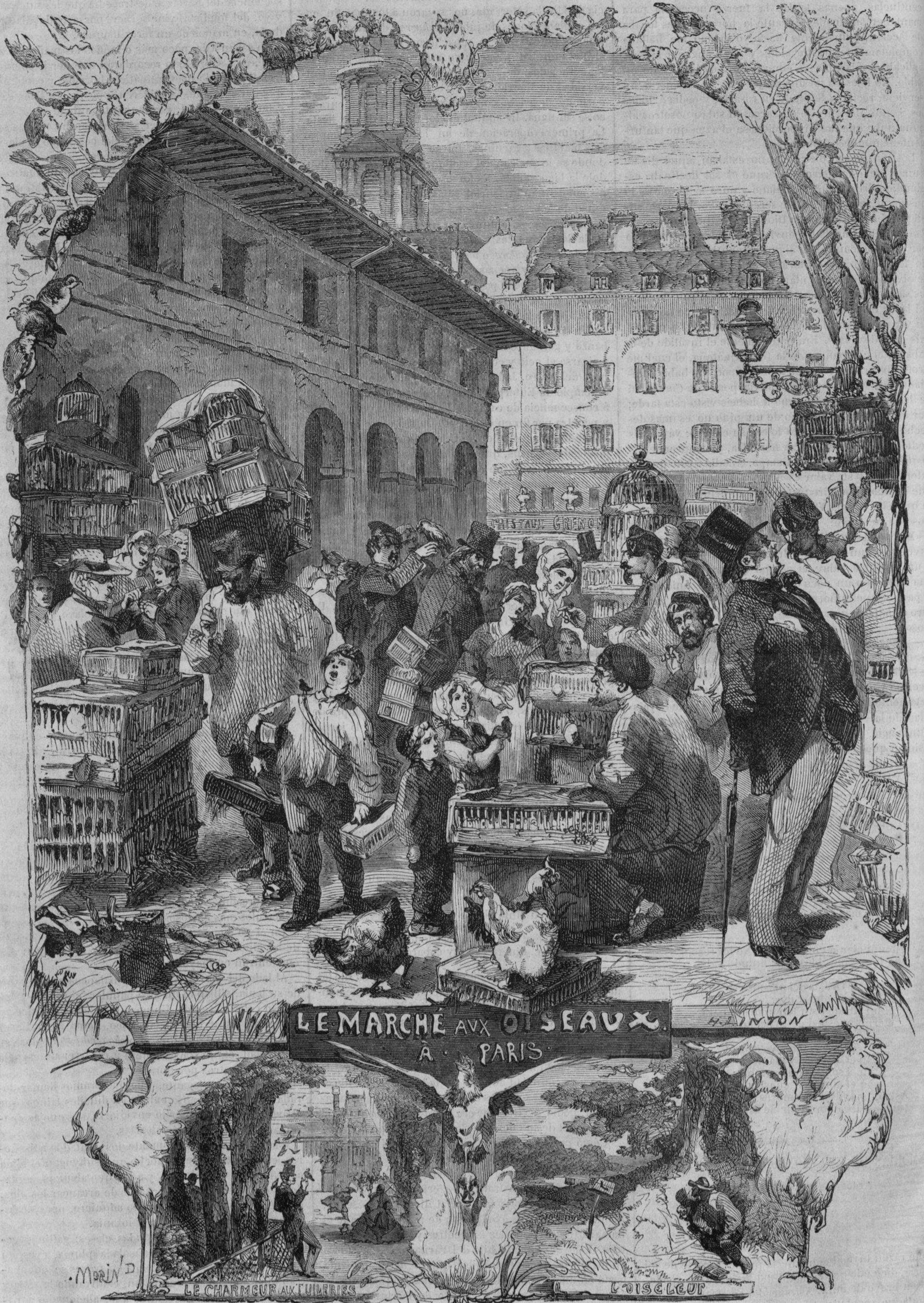
En él se encuentran apiñadas y confundidas aves de las cinco partes del mundo, pero las indígenas se encuentran en mayoría.

Al lado del *gorrion* vulgar, se balancea en las cañas de su jaula, silbando un aire popular, el esbelto *mirto* con su cabeza erguida. Un poco más lejos, la dulce *paloma*, con su arrullo melancólico, llama á su tierna compañera, en tanto que el *pichon viajero* deplora su cautividad, él, que acostumbra á recorrer un espacio de 120 kilómetros por hora.

En jaula más elegante, que pudiéramos llamar dorada prision, el *canario* exhala en difíciles trinos, que el artista de mayor mérito envidiaria, sus quejas apasionadas ó sus inmensas alegrías.

A su lado trinan igualmente ¡los pintados ruiseñores, esos cantores de la noche que subyugan el alma con sus tiernas melodías, y á los que algunos mercaderes crueles tienen la barbarie de arrancar los ojos, bajo el pretesto de que su canto adquiere, por este inhumano medio, más pureza y lozanía.

Anades, cisnes, patos de todas clases; gallinas cochinchinas, faisanes de tornasolada pluma, aves, en fin, de todas especies y de todos los países se encuentran allí en agradable confusion, cautivando la vista y recreando el ánimo, incitando á los aficionados á pagar, algunas veces á muy alto precio, la satisfaccion del gusto ó el capricho.



LE MARCHÉ AUX OISEAUX
À PARIS.

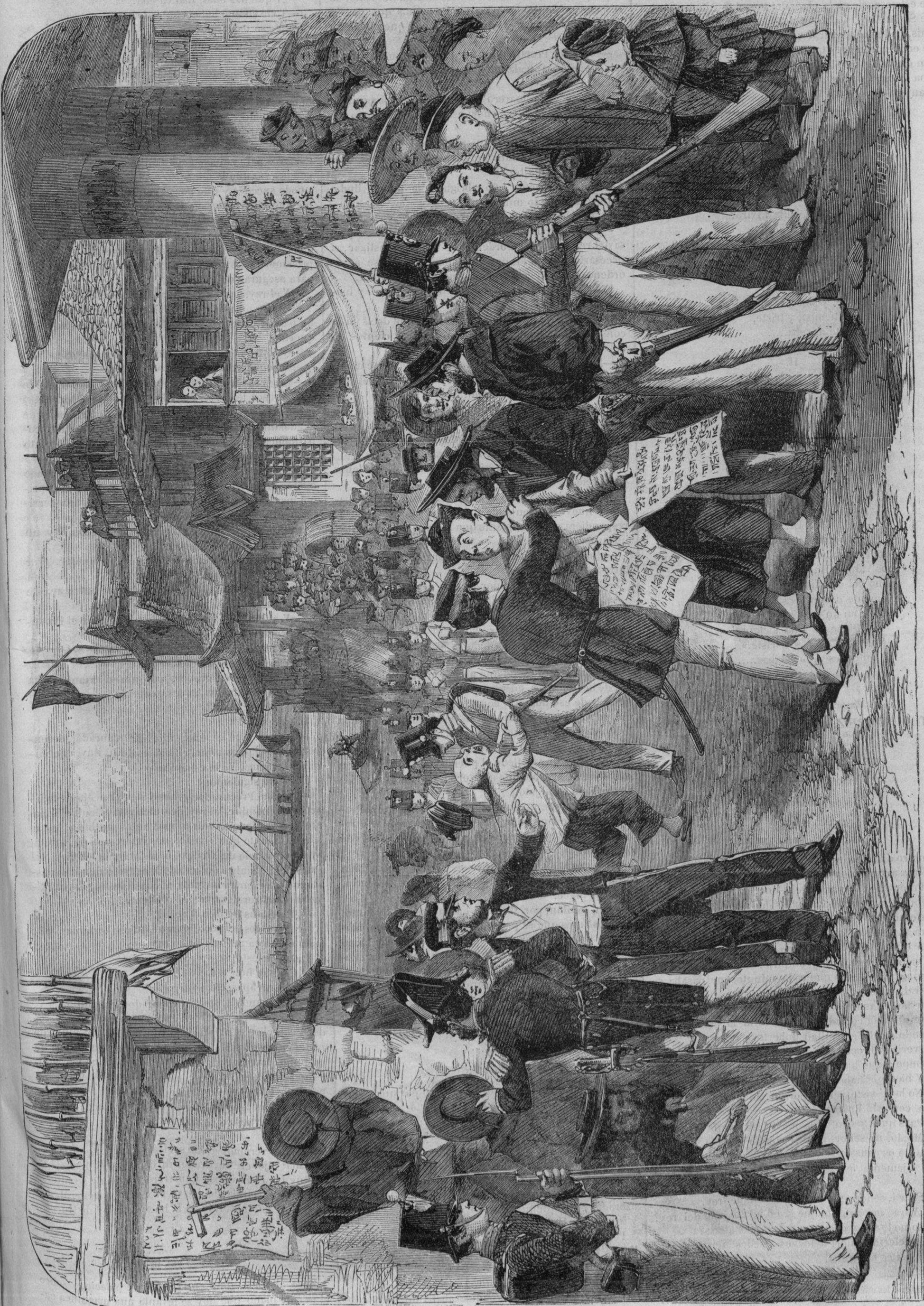
MORIN

LE CHARMEUR AUX TUILLERIES

L'OISELEUR

H. LINTON

EL MERCADO DE LOS PÁJAROS EN PARIS.



LAS PROCLAMAS CHINAS.

También en Madrid tenemos un mercado perpétuo de esta especie en la plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana), y sin que nos ciegue el amor á nuestro país, podemos asegurar que en algunos de sus puestos se encuentran aves tan notables y tan estrañas, y de tan elevado precio, que verdaderamente constituyen una fortuna, y que nada tienen que envidiar á los extranjeros.

LAS TRES SONRISAS.

Balada.

I.

¿Te acuerdas, bella Elvira?
Yo te adoraba, y niño,
al encontrarte á solas
callaba siempre tímido;
una vez.... pude solo
mirarte estremecido....

¡Mirarte, y siempre mudo!
Pasaba el tiempo, y triste,
callando te miraba....

y tú te sonreíste.

II.

¿Te acuerdas, bella Elvira?
Al fin, loco, perdido,
llorando, balbuciente
yo te llamé «bien mio»,
te dije que te amaba,
te dije.... ¡desvarios!

Y luego, entre sollozos,
sellé con beso triste
tu mano y tu albo traje....

y tú te sonreíste.

III.

¿Te acuerdas, bella Elvira?
Amor, al cabo unidos
nos vió bajo sus alas.
¡Uno del otro fuimos!
Demente de ventura
te dije en un suspiro:

—«¡Dichosos para siempre!
¿lo ves? ya no estoy triste.»

¡Y entonces tú lo estabas....

y tú te sonreíste!

JUAN MANUEL MARIN.

LA CABEZA DE UN REBELDE,

leyenda histórica original

DE GONZALO HONORIO. (1)

(Continuacion.)

VIII.

EL PROCURADOR GENERAL.

Cuatro dias despues de los sucesos referidos en el capitulo anterior, en uno de los aposentos del palacio del Procurador general del Concejo, se paseaba un hombre con marcadas muestras de impaciencia.

Este hombre ya le conocemos.

Era D. Andrés Garcia de Laya.

Por espacio de algun tiempo continuó su paseo sin que nadie viniera á interrumpirle, lo que no era muy de su agrado, puesto que cada minuto que pasaba se mostraba más impaciente.

Por fin, cuando hubo trascurrido como media hora, se abrió la colgadura que cubria la puerta, apareciendo en ella el capitán Roberto.

Al verle el Procurador, adelantó hácia él, y sin darle tiempo á que hablara, le preguntó impetuosamente:

—Y bien: ¿le habeis visto ya? ¿sabeis á lo que viene?

—No le he visto, señor, porque no me he atrevido á tanto, contestó Roberto.

—Pues qué, ¿os infunde miedo ese hombre?

—Miedo, no señor, pero sí mucho respeto.

—¿Que os causa respeto decís?... y el Procurador miró fijamente á Roberto. No os comprendo, vive Dios.

—Sabed, señor, que es un enviado del rey.

—¿Y qué me importa que sea ó no enviado del rey? ¿Acaso no lo soy yo aquí tanto como su alteza?

—En efecto, señor; todos os obedecemos como vasallos, así es la verdad.

—Pues por lo mismo, no os debe infundir temor ni respeto un hombre que es mucho menos que yo. En fin, ¿habeis averiguado quién es y con qué objeto ha venido?

—Sí, señor Procurador; he podido inquirir que el tal enviado es nada menos que D. Ruy Lopez Dávalos.

—¿Cómo? ¿El camarero mayor del rey está aquí?

—Ni más ni menos, señor; está aquí, y alojado en el palacio del Obispo.

—En verdad, capitán, que me estraña la venida de ese hombre, pues estaba muy lejos de creer que fuese el favorito de su alteza.

—Pues él es, señor, no abrigueis la menor duda: hánme informado muy bien.

—¿Y sabeis el objeto de su venida?

—Segun me han dicho, viene con una orden expresa del rey á poner en orden la ciudad, y castigar, si necesario fuese, á los que no quieran avenirse á sus órdenes; para lo cual trae un seguro de su alteza.

El Procurador pareció meditar un momento, y luego continuó:

—Supongo que para llevar á cabo lo que decís (si lo consigue), habrá traído consigo algunos cientos de lanzas, porque de otro modo....

—Nada menos que eso, señor; pues solo le acompañan un capitán, doce ballesteros y el verdugo del rey.

—¿El verdugo habeis dicho?...

Y el Procurador, al pronunciar estas palabras, no pudo menos de estremecerse.

Hubo un corto silencio, durante el cual el Procurador continuó su interrumpido paseo.

Roberto quedó en su sitio, esperando las órdenes de su jefe.

Trascurridos algunos minutos, el Procurador se pasó de nuevo enfrente de Roberto, y le dijo, como si respondiera al pensamiento que le dominaba en aquel instante:

—¿Habeis dicho que solo trae consigo doce ballesteros?

—Así es la verdad, señor.

—¿Y estais seguro de ello? ¿No os habrán informado mal?

—No, señor Procurador; porque he paseado la ciudad, he recorrido los alrededores, y no he visto un solo soldado que no sea de nuestro bando.

—Si tan seguro estais que no hay un soldado que no sea de los nuestros, en verdad que no comprendo la audacia de ese hombre, con venir á poner en paz una ciudad que no tiene más ley ni más voluntad que la mia, con tan corto número de soldados.

—D. Ruy, señor, ó es muy temerario, ó no sabe el mucho amor que os tiene el pueblo; dijo Roberto con servilismo. Seguramente que tornará á la corte sin haber logrado su objeto.

—Tal creo que así suceda, capitán, contestó el Procurador. Esto sin contar con que si no se aviene á razon, será muy posible que ni él ni los suyos salgan de la ciudad.

—En cuanto á eso, señor, con vuestra vénia, bien pronto os los traigo maniatados á vuestra presencia, si así os place.

—No, capitán, por ahora no hay necesidad de tanto. Veamos ántes qué se propone D. Ruy, y de qué medios se vale para llevar á cabo su objeto, que luego tiempo tendremos para acordar lo que ha de hacerse con él y con todos los que le acompañan. Sin embargo, estaremos apercebidos para que si necesario fuese, podamos caer sobre él y castigar su audacia. Esperad allá fuera: ya no os necesito.

A esta orden Roberto abandonó la estancia.

IX.

PRESENTIMIENTOS.

Apenas Roberto habia salido, cuando por una puerta practicada en el lado opuesto apareció una mujer con el semblante demudado.

A esta mujer también la conocemos ya.

Era Blanca.

El Procurador, al verla en aquel estado, no pudo menos de alarmarse y esclamar al mismo tiempo:

—¿Qué es eso, querida Blanca? ¿Por qué vienes tan azorada? ¿Por qué tu hermoso semblante está pálido y bañado en lágrimas?...

Por toda respuesta, Blanca se dejó caer sobre un sillón, y despues de una breve pausa dijo con acento triste.

—Todo lo he oido desde allí, Andrés; todo.

Y señaló la puerta por donde acababa de salir.

—¿Y qué has oido, Blanca mia?

—Todo cuanto habeis hablado.

—¿Y eso te alarma?

—Sí, Andrés, y mucho: porque ese enviado del rey, decidido como viene á terminar las revueltas de la ciudad, y con las facultades que le ha otorgado el rey, acaso te llame á su presencia para pedirte cuánta de los desmanes que el pueblo comete amparado por tu nombre, y entonces ¡oh!...

—Y bien: aunque así suceda, ¿qué puedo temer de un hombre que sólo trae consigo doce miserables ballesteros para sujetar á todo un pueblo que no obedece más voz que la mia? ¿No comprendes que esto no puede suceder y que por el contrario será muy posible que ni él ni los suyos salgan ya de la ciudad?

—¿Qué dices, Andrés, te atreverías?...

—¿Y por qué no, cuando la razon y la fuerza están de mi parte? Pues que, ¿crees tú que no he de hacerle prisionero y aun disponer de su vida si así conviene para asegurar mi poder?

—Y el rey, ¿qué diría si tal hicieses?

—El rey... pasaria por ello despues de hecho, como ha pasado otras veces por lo que sus ministros han querido,

—Quiera Dios, Andrés mio, que tu temeridad no traiga consigo algo terrible.

—En verdad, querida Blanca, que no sé por qué te asaltan esos temores, cuando todos me obedecen, y no cuento con un solo enemigo; pues bien sabes que el adelantado, con algunos de los suyos, ha huido cobardemente de la ciudad dejándome dueño absoluto de ella.

—Todo eso es verdad, Andrés mio; pero no puedo menos de decirte que cada hora que pasa se me oprime más el corazón, como si me anunciara una terrible desgracia.

Aquí llegaban, cuando se abrió la colgadura y un paje apareció en la puerta.

—¡Hola! ¿Qué es eso? preguntó el Procurador. ¿Por qué vienes hasta aquí sin ser llamado?

—Perdonad, señor, pero me acaban de entregar este pergamino para vos, y os lo vengo á traer.

—¿Y quién os lo ha entregado? preguntó el Procurador tomando el pergamino.

—Un balletero del rey, señor.

—¿Y espera la respuesta?

—No, señor Procurador, porque en cuanto lo ha puesto en mis manos ha desaparecido.

—Está bien; ¡salid!

El paje salió.

—Veamos qué es ello, dijo el Procurador desenvolviendo el pergamino. ¡Hola! es de D. Ruy, dijo mirando la firma. Ya lo esperaba yo.

Y leyó lo siguiente:

—«Señor Procurador general del Concejo: Suplicoos, en nombre del rey, de quien estoy facultado, para que os digneis venir lo más ántes posible á tratar de un asunto que á ambos nos interesa.—De Murcia, y en el palacio del Obispo, á los veintiocho dias del mes de diciembre del año de Nuestro Señor Jesucristo mil trescientos noventa y cuatro.—Ruy Lopez Dávalos, Camarero mayor de su alteza.

—¿Y piensas ir? dijo Blanca.

—Sí, y ántes de poco; porque quiero terminar este asunto que ya me va siendo enojoso.

Y al decir esto, se acercó á la puerta.

—¡Capitán Roberto! gritó.

El capitán apareció en seguida.

—¿Qué mandáis, señor Procurador? preguntó.

—Tomad cien hombres de vuestra confianza y rodead con ellos el palacio del Obispo, sin permitir que nadie entre ni salga de él, sin una orden escrita de mi puño. Luego, con otros ciento, escogidos también, os apostareis en la plaza y junto á la puerta del palacio, para que cuando yo os llame podáis acudir á mi lado.

—Está bien, señor Procurador; todo quedará cumplido segun vuestro deseo.

Y salió.

—Ahora veremos quién saldrá mejor librado de esta jornada; dijo el Procurador dirigiéndose á Blanca. Si D. Ruy Lopez Dávalos, Camarero mayor de su alteza, ó D. Andrés Garcia de Laza, Procurador general del Concejo y jefe absoluto de la buena ciudad de Murcia.

X.

EL PALACIO DEL OBISPO.

Hace algunos años, en la plaza de palacio, y sobre el mismo plano que hoy se levanta una magnífica ca-

(1) Véanse los números 35, 36, 37 y 39.

sa de construcción moderna, veíase, casi arruinado, un antiguo palacio que por espacio de muchos años había sido la morada del obispo de Cartagena.

En la época que marcha la acción de nuestra historia, estaba en todo el esplendor de su belleza.

La puerta que servía de ingreso, y que estaba practicada en el centro del muro que daba á la plaza, era de grandes dimensiones y de forma ojival, en cuya parte superior se ostentaba un enorme escudo, en el que estaban esculpidas las armas del obispado. Más arriba se veían tres grandes ventanas, ojivas también, y adornadas con esculturas del gusto gótico, cerradas con sus correspondientes vidrios de colores.

Una vez se pasaba la puerta, entrábase en un estenso patio rodeado de una magnífica galería de piedra, y sostenida por esbeltas columnas, de piedra también, en cuyo extremo arrancaba una ancha escalera que conducía á la galería, por la que se entraba á los aposentos del piso principal.

En uno de estos aposentos, y precisamente en el que caía á la plaza, es donde voy á conducir á mis lectores.

Eran las diez de la mañana del mismo día en que el Procurador recibiera el escrito de D. Ruy Lopez Dávalos, y que nosotros ya conocemos.

El cielo estaba encapotado.

Ni un rayo del esplendoroso sol, que tan brillante se ostenta en el hermoso cielo de Murcia, se vislumbraba al través de las oscuras nubes que cubrían el espacio.

No parecía sino que la naturaleza presagiaba algún terrible suceso, y anticipadamente se engalanaba con su fúnebre sudario.

Esto no obstante, la plaza hervía en gente de todas clases y edades.

La compacta muchedumbre mostrábase asaz impaciente, como si esperara algún acontecimiento extraordinario, porque sus ávidas miradas se dirigían ora al palacio, ora á la plaza de San Leandro.

En el aposento que he indicado, y que era lujoso y de grandes dimensiones, se paseaba un hombre armado hasta los dientes.

Era D. Ruy Lopez Dávalos, Camarero mayor del rey D. Enrique III *el Doliente*.

De vez en cuando interrumpía su paseo y se asomaba á la ventana del centro. Entonces, al ver aquella muchedumbre que se removía á sus piés en una continua agitación, lanzaba sobre ella una mirada centellante, y su nariz se dilataba como la del tigre cuando olfatea una presa.

(Se concluirá.)

HONORIO.

LAS PRIMERAS YERBAS.

El mes de febrero ha concluido. Las lluvias de marzo principian á humedecer la tierra, y la yerba brota en los campos como si presintiera la llegada de la estación florida.

Es la hora sagrada, la hora de la reproducción, la hora querida de los amantes de la naturaleza; los rebños, tristes y silenciosos, se animan y vigorizan como al contacto de una existencia nueva, y en los árboles desnudos comienzan á dibujarse las hojas.

Tal es el asunto del grabado de nuestra primera página.

LA PREGUNTA.

Soneto.

Sobre su carro de marfil, ufana
lá aurora sale derramando amores,
y el globo inunda con sus mil colores,
y el cielo á poco se convierte en grana.

El monte y las campiñas engalana;
dulce acaricia las pintadas flores,
salúdánla á su vez los ruiseñores
y... todo es precursor de la mañana.

Dime, hechicera, cándida paloma,
zagala, entre las pías, la más pia,
cuando la aurora por Oriente asoma
derramando el encanto y la alegría...
¿recibes, dime, entre oloroso aroma
el casto beso que mi amor te envía?;

MANUEL LACAMBRA.

(Zaragoza.)

UN CUENTO DE AMOR.

A D. SATURNINO F. DE VELASCO.

«¡Maldito el que los cantos del pájaro no entiende;
que ese jamás del cielo la música escuchó!»
(VICENTE BARRANTES.—Baladas.)

I.

Por más que yo discurría no podía hallar una historia que contar á mis lectores. Cuantas veces mojaba la pluma, otras tantas me ponía á escribir, y lo dejaba; y había pasado ya media hora sin tener concluidos dos renglones. En esto, mi pobre ruiseñor dejó oír un trino dulce y prolongado; conocí que se cansaba de estar en la jaula, y abriendo esta, le coloqué sobre mi mesa.

Él empezó á dar picotazos en mi papel, y al punto vi que quería escribir; entonces conocí que sabía un cuento de amor, y le dije cariñosamente:

—¿Sabes algún cuento?

—Sí; exclamó alegre al oír mi pregunta.

—Pues cuéntamele....

El alado cantor empezó á gorjear suave y melancólicamente, dejando oír tan acordada música, cual si fuera la de las arpas celestiales, y empezó el siguiente cuento, entre mil trinos de indefinible melodía:

II.

Erminia era una niña pura como un ángel, dulce como la dicha, jóven como el rocío del alba... Una mañana, volando yo sobre los llanos de Andalucía, tuve la dicha de llegar á su jardín. La ví cogiendo claveles y rosas y ciñéndolas á su frente. ¡Oh, qué bella estaba entonces Erminia!...

Fui á posarme sobre sus hombros, pero antes de llegar á ellos, quedé preso en las hebras de oro de su cabeza. ¡Qué feliz hubiera yo muerto en aquel instante!

Ella con sus nacaradas manos me cogió de las alas, y con suma alegría me metió en una bella jaula que pendía del techo de su cuarto, y no se separó de mi lado en todo el día.

—Pajarito, me decía, no siempre estarás entre esos hierros, pues todos los días te daré libertad para que seas el mensajero de mi amor. ¿Estarás contento?

Yo me extasiaba al oír aquellas palabras. Vivir con ella... ser el mensajero de su amor... ¿Para qué quería yo mayor dicha?

III.

Al morir la tarde, un jóven militar, alto, de negro bigote y tez quemada del sol, entró en el cuarto por la puerta del jardín. Erminia se dejó caer en sus brazos primeramente; mas luego, retrocediendo asustada, dijo:

—Pero... ¿por qué vienes de uniforme? ¿Qué ocurre?

—¡Ah, dulce encanto, tengo que separarme de tí...

—¿Separarte de mí?... ¡Imposible!... Mas ¿qué es lo que pasa?

—No te lo digo, porque vas á morir de pena, dijo el jóven cubriendo con la mano su frente.

—¡Habla, Enrique, habla! repuso Erminia sollozando.

—No; no te lo digo...

—¡Habla... por favor!

—Tengo que partir á la guerra esta misma noche, contestó el jóven militar, dejando caer por sus mejillas dos ardientes lágrimas.

—¡No te irás!... ¿Quieres que muera lejos de tí?

—Es imposible faltar, Erminia...

—Pues yo haré que faltes, dijo ella, disponiéndose á impedirle su marcha.

En esto, percibióse lejano eco de tambores. El jóven se estremeció, y quiso correr hácia donde se escuchaba el eco; pero Erminia, cobrando fuerzas y desenvainando la espada de Enrique, exclamó vigorosamente:

—¡No! ¡Tú no has de partir! ¡Antes moriremos juntos!

El eco se alejaba. Enrique quería marchar, pero Erminia se lo estorbaba, presentándole la punta del acero.

Entonces canté.... Al oír mi triste canto, Erminia cayó desmayada. Enrique besó su frente, y cogiendo

la espada que había caído en tierra, se alejó murmurando:

—¡Hasta que vuelva de Africa!

Erminia salió de su desmayo, y yo con mi canto dulcificaba los dolores que herían su corazón.

En esto llegó la noche, y Erminia, descolgando mi jaula del lecho, me dijo con la voz de un ángel:

—¡Bendito seas, pajarillo! Voy ahora á mi lecho: ven, dormirás junto á mí: si no puedo conciliar el sueño, te diré que cantes para aliviar mis penas.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

(Se concluirá.)

PROCLAMA

DE LOS OFICIALES DE LA ESCUADRA ANGLO-FRANCESA,

ARRIBANDO Á CHANG-HAY.

En estos últimos tiempos, los franceses y los ingleses se han ocupado mucho de la China, y según la costumbre que tienen de invadirlo todo, han querido imponer á los chinos sus leyes, sus costumbres, y sobre todo, su policía, burlándose mucho de que pudieran vivir sin una policía organizada, no como en algunos Estados de Europa, sino como en Inglaterra, y olvidándose que los chinos son los maestros del globo, pues de ellos nos viene la invención de las letras, de la imprenta y del descubrimiento del vapor.

Ingleses y franceses llevan su ridícula pretensión hasta el punto de creer que circula por las venas de los chinos sangre francesa é inglesa, pero estos pueblos conquistadores no recuerdan la dificultad de penetrar en el territorio, y además, Nadar no había construido todavía su «Gigante,» de manera, que á no ser con otro globo, es imposible sucediese lo que en resultados pretenden.

Nuestro grabado de la cuarta plana representa el acto de fijar las proclamas para el arreglo y buen orden de la población, arreglo que tardará muchos años en llevarse á cabo.

Solucion de la Charada publicada en el número anterior

MACACO.

Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

D. E. P., de Guadalajara; hemos mandado su pedido; no podemos remitir otros números: mande Vd. sellos.—Sres. C. G., de Jijon; la advertencia del n.º 43 contesta á la de Vd. del 19.—Sres. C. de G. y P. de V., de Lequeitio; recibimos 56 rs. en sellos; quedan renovadas sus suscripciones.—D. P. de Z., de Bilbao; recibidos los sellos; renovada su suscripción por un año.—D. A. R., de Cervera; recibidos los sellos, renovada su suscripción: remita Vd. nueve sellos.—D. B. E., de Santiago; recibidas las libranzas y sellos; conformes con su carta de Vd.—D. P. C., de Palencia; recibida la libranza, queda hecha la suscripción; hemos mandado una colección.—D. F. A., de San Fernando; la advertencia del n.º 45 contesta á su carta de Vd. del 22 de febrero.—D. J. O., de Chiclana; recibida la libranza, conforme con su carta de Vd.—D. J. A., de Tolosa; conforme con su carta de Vd.; recibimos los sellos; queda hecha su suscripción.—Sra. V. y H. T., de Tarragona; la advertencia del n.º 45 contesta á su carta de Vd.—D. M. M. y H., de Palma; id. id.—D. J. A. P. de Aldeanueva de Ebro; gracias á Vd. por su deferencia en favor de esta empresa; remitimos á Vd. los números sueltos.—D. B. R., de Vitoria; recibida la libranza, conforme con su carta de Vd.—D. J. B. de C., de Pontevedra, Cangas; recibimos las libranzas; quedan renovadas sus dos suscripciones.—D. R. G. P., de la Coruña; queda hecha la suscripción que á su nombre de Vd. pide.—D. A. S., de Manresa; remitidas tres colecciones que nos pide en su última carta.—D. J. M. C., de Alcoy; recibimos una letra que hemos hecho efectiva.—Sra. V. de H., de Zaragoza; recibida la letra y servido su pedido.—D. B. P., de Alicante; remitidos los seis números sueltos del n.º 45.—A varios suscritores de Valladolid, Sevilla y otros puntos; pueden Vds. renovar sus suscripciones en las librerías y correspondientes en que respectivamente lo hayan verificado anteriormente.

AVISO.

La Redaccion, Administracion y despacho de este periódico se han trasladado al Pasaje de Matheu, número 6, tienda y entresuelo.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



LAS MUJERES DEL HAREM.

LAS MUJERES DEL HAREM.

En las naciones de Occidente se tiene formada una falsa idea de la condicion de las mujeres turcas, á quienes se aplica esta exclamacion de Diderot: *¡te compadezco, pobre mujer!* Se las supone víctimas de la tiranía ó de los celos de los hombres, condenadas á reclusion perpétua en tristes y cerrados aposentos, vigiladas por negros espantables, armados de zurriagos, privadas de toda distraccion, ajenas á toda sociedad exterior, reducidas, en una palabra, á no ver más caras que las de sus compañeras de reclusion, con frecuencia sus rivales, y las más ó ménos avinagradas de sus amos y señores.

Esto no es exacto; la vida del harem está llena de encantos para las mujeres turcas, cuya principal passion es la ociosidad, no solo por efecto de la indolencia inherente á su naturaleza, sino por el abandono de su carácter casi infantil y el horror que tienen á toda ocupacion séria y continuada. Por otra parte, las

costumbres no permiten á la mujer de la clase media dedicarse al comercio ni á la industria, siendo por lo mismo tan ociosa como la de alta clase.

Los entretenimientos más frecuentes en el harem son la conversacion y los cuentos á la dulce paz del *tandur*, ó sea nuestra camilla, durante el rigor del invierno.

Recreanse tambien con la música instrumental y vocal, la danza, las pantomimas, los baños, los paseos y las carreras en los jardines y azoteas, los columpios, acompañado todo con el tabaco en el *thibue* y en el *garnuilhe*, frecuentes comidas, y en fin, y con predileccion, en las burlas á veces crueles, y siempre de efecto cómico, de que son víctimas las negras, cuyos gruñidos, gestos y contorsiones grotescas provocan la hilaridad general.

Byron asegura, y con razon, que todas las mujeres turcas saben cantar; á esto hay que añadir que todas son estremadamente amables y graciosas, y que la belleza de sus ojos negros ha inspirado más de una vez á Lamartine.

GEROGLIFICO.



(La solucion en el número próximo.)